LA ILUSTRACION ARTISTICA

Año IX — Barcelona 28 de abril de 1890 — Num. 435

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



PRIMAVERA, cuadro de O. Bernard, grabado por Bong

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

PRIMAVERA

cuadro de O. Bernard, grabado por Bong

Los poetas le han dedicado sus más inspiradas estrofas y los pintores han buscado, para reproducir los espectáculos que ella nos ofrece, los más vistosos colores y las más armoniosas tintas de sus paletas. ¡Bien lo merece! La primavera es la expresión de la belleza, de la alegría, de la vida; es la estación de los más íntimos afectos; es, en fin, el símbolo del vigor y de la juventud en sus más hermosas manifestaciones.

Así ha querido expresarlo el notable pintor Bernard en el cuadro que reproducimos y á la verdad el éxito más feliz ha coronado sus propósitos. El simpático grupo formado por la hermosa niña cuyos años cuéntanse todavía por abriles y la juguetona cabra que con fruición devora las pintadas florecillas que se escapan del delantal en que aquélla las ha reunido, armoniza á maravilla con la naturaleza del paisaje que lo rodea y en el que árboles y flores, hierbas y arbustos ostentan los primeros frutos del amoroso beso en todos los seres de la creación depositado por la primavera.

LA ESTACIÓN DEL FERROCARRIL EN BOMBAY

Se podrá con más ó menos razón censurar los procedimientos á veces algo violentos de los ingleses para ensanchar su poderoso imperio colonial, pero lo que nadie podrá negar es que Inglaterra trata á sus colonias más que como siervas explotables como hijas á quienes ayuda á utilizar sus riquezas para que éstas, debidamente aprovechadas, contribuyan á mantener y aumentar el lustre y el esplendor de la madre patria. La metrópoli no perdona medio alguno para fomentar el bienestar de sus colonias por apartadas que estén y por insignificantes que parezcan, lo cual al fin y al cabo redunda en beneficio de su propio bienestar.

La magnífica estación del ferrocarril que reproducimos es una prueba de la solicitud con que los ingleses atienden á cuanto puede hacer prosperar sus posesiones coloniales y es también demostración de que no siempre el utilitarismo inglés está reñido con la estética. La grandiosidad del edificio y las bellezas arquitectónicas que lo hermosean son dignas de la ciudad de Bombay que por su población (770.000 habitantes) y por su comercio (más de 1.300 millones de pesetas al año) figura como la capital más importante de las Indias inglesas.

RETRATO DE Mme. F.

por Francisco Flameng, grabado por Baude

Tratado de una manera elegante y con una gracia esencialmente parisiense y moderna, el grupo encantador formado por esa joven madre y sus dos hijos es debido á una inspiración del corazón del artista. La familia tan admirablemente retratada es la del propio pintor Mr. Flameng quien, por lo mismo, merece los más sentidos plácemes como esposo y padre feliz y los más entusiastas elogios como artista de excepcional mérito.

TRISTE JORNADA

cuadro de H. Laurent-Desrousseaux

Los dramas del mar han proporcionado asuntos en abundancia á los pintores que han encontrado en ellos materia para grandes manifestaciones así del sentimiento como del arte.

Laurent-Desrousseaux, ateniéndose á los preceptos de la moderna escuela ha procurado obtener el efecto por la verdad y por la sobriedad, y gracias á su talento ha conseguido pintar uno de los más hermosos cuadros que en este género se han producido. El contraste de afectos que ofrecen el dolor mudo del rústico marino al contemplar el inanimado cuerpo del amigo náufrago, la desesperación de la infeliz mujer que llora perdido al amante esposo y la indiferente curiosidad de los dos niños á la vista de un hombre muerto satisface las exigencias del sentimentalista más puro, al paso que el modo de ser concebido el cuadro y la ejecución así del conjunto como de los acabados detalles responden á los gustos del más ferviente adepto de las tendencias realistas.

MIÉRCOLES DE CENIZA, cuadro de L. Da Ríos

Atraída por los placeres que el Carnaval brinda á la gente moza y queriendo apurar el dulce cáliz hasta las heces, ha abandonado por unas horas el hogar paterno y envuelta en blanco dominó se ha entregado por entero a la alegre fiesta. Mientras, los infelices padres ignorantes del paradero de su hija han pasado la noche llenos de angustia corriendo de un lado á otro en su busca temerosos de una desgracia y sin sospechar que la desaparición pudiera obedecer á un devaneo nacido de la irreflexión de los pocos años y fomentado por los deseos que en toda alma joven despierta el bullicioso período carnavalesco.

Pero bien cara paga su escapatoria: cuando, al amanecer, vuelve á su casa descompuesto el rostro por el cansancio y la vigilia y en desorden el traje, mudo delator de su falta, tiene que sufrir la tremenda filípica de los pobres viejos que nunca pudieron imaginar en ella tan casquivanas intenciones y que á fuerza de reflexiones y de reproches quieren llevar á su alma el arrepentimiento.

Tal es la situación con tanto acierto reproducida por L. Da Ríos, en cuyo cuadro no falta interés dramático, á pesar de la sencillez de la escena, y abundan los primores de ejecución sobre todo en lo que se refiere á la actitud y expresión de cada una de las figuras.

EL GENERAL ANDRÉS A. CÁCERES

Presidente de la República del Perú

Hombre dotado de gran patriotismo y de cualidades militares nada comunes, el general Andrés Avelino Cáceres fué el verdadero salvador de la república del Perú y el restaurador de su independencia poco menos que perdida á consecuencia de la guerra con Chile.

Durante el primer período de ésta, ó sea hasta 1879, tomó parte activa en todos los hechos de armas, y después de la derrota completa del ejército peruano, reorganizó en 1881 la resistencia y fué herido junto á Lima cuando esta capital cayó en poder de los chilenos. Alma de la defensa nacional, personificación de todas las aspiraciones levantadas, supo Cáceres combatir al enemigo con rápidos movimientos y con atrevidas estratagemas.

En diciembre de 1885, gracias á un golpe de mano habilísimo, recuperó Lima, derribó al gobierno que en 1883 Chile había impuesto á los peruanos y puso con ello fin á tan larga y ruinosa guerra. Pocos meses después, el país agradecido nombrábale Presidente.

Con su valor y con su talento ha conseguido ver restablecido el crédito del Perú y consolidada su posición económica y política, merced al impulso dado á las instituciones privadas y públicas, á la instrucción, á la agricultura, á la industria, á la colonización y á las comunicaciones interiores, base principal de todo progreso.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

RETRATO DE REMBRANDT PINTADO POR ÉL MISMO

Fragmento de un cuadro existente en el Museo de Dresde

El hermoso retrato de Rembrandt que publicamos como Suplemento artístico es una de las obras maestras del célebre grabador, Mr. Baude, premiado con medalla de honor en el último Salón y condecorado con motivo de la reciente Exposición Universal de París.

No insistiremos sobre el mérito de este grabado de una factura tan moderna como imprevista: Mr. Baude reproduce en él con arte magistral la potente expresión de esa figura típica cuya alegre sonrisa ilumina el rostro del joven pintor y cuya mirada límpida produce la ilusión de la vida real.

En cuanto á la pintura, su apología queda hecha por el voto unánime con que ha sido reconocido como una de las mejores obras del pintor holandés que por la magia del colorido, por el vigor de su pincelada y por la frescura y vida de sus carnaciones se conquistó uno de los primeros puestos entre sus contemporáneos y adquirió indiscutible derecho á la admiración de las generaciones que le sucedieron.

LOS NERVIOS

I

Hace algunos años todavía se trabajaba algo en las oficinas del Estado. Los empleados eran exactos, entraban temprano y salían tarde, y durante seis ó siete horas, apretaban bien las clavijas, como suele decirse.

Ahora el progreso ha traído varias modificaciones, y los funcionarios de las dependencias de la Nación, sin necesidad de huelgas y otras zarandajas, han conseguido disminución de tareas y aumento de sueldo, supuesto que se les ha disminuído el descuento.

Sólo falta que se les declare inamovibles.

Como don Martín pertenecía á aquellos tiempos de atraso, trabajaba á más y mejor la mayor parte del día, en las oficinas del Ayuntamiento de la villa y corte de Madrid en las que estaba empleado; de suerte que volvía rendido á su casa, y rara vez salía de noche, exceptuando los días festivos, si hacía buen tiempo, en los que se permitía dar un paseíto en compañía de su bien amada consorte Doña Potenciana, y aun en alguna ocasión, entrarse á tomar un vaso de leche *amerengada* en el antiguo y acreditado café de Pombo.

Ordinariamente pasaba las veladas en su casa, en compañía de su señora, y del teniente cura de San Luis, leyendo y comentando *La Esperanza* y otros periódicos de la misma comunión política, pues tanto el sacerdote como don Martín eran carlistas furibundos.

Pero transcurrieron los años, y don Martín pidió su jubilación, ó hiciéronsela tomar por fuerza, que de esto no estoy enterado, y se dió el caso de que el antiguo empleado pasó de un trabajo asiduo á un *dolce far niente*, al que sin embargo tardó algún tiempo en acostumbrarse.

Don Martín no había tenido hijos y sólo este requisito faltó á su felicidad conyugal, pues por lo demás, ni con un candil que se buscara, pudiera hallarse un matrimonio más bueno, cariñoso y mejor avenido. Doña Potenciana era un alma de Dios, y en ella sólo desdecía el nombre, un tanto altisonante y que parece cuadrar más bien á una mujer alborotada y dominante.

Pues como iba diciendo, quedó jubilado el bueno de don Martín, y como es ya entrado en años, y no le gusta andar, y tiene pocas relaciones, se aburría en su casa. Además, se sentía pesado y pletórico, y un médico amigo suyo de la infancia le aconsejó que no se apoltronara é hiciese ejercicio. Además, murió el teniente cura de San Luis y faltóle á aquél tan amable contertulio. Además *La Esperanza* había muerto también y los modernos periódicos de su partido, desalentaban la suya, divididos como están en bandos y opiniones; y además ¿quién sabe si don Martín inconscientemente paga tributo á las costumbres modernas? Lo cierto es que un día dijo á su cónyuge:

– Potenciana, desde esta noche voy á salir un ratito al café.

– Que vas á salir? – exclamó admirada la buena señora.

– Sí, hija, sí. Parece que los fríos han pasado ya y don Lesmes, el médico, me ha aconsejado que haga algún ejercicio.

– Pues hazle de día.

– ¡De día! ¿y quién puede andar de día, estando torpe y pesado como yo? Este Madrid es una Babel de coches, carros, organillos y velocipedistas, que sin contar la gente, le atropellan y le zangolotean á uno. De noche ya es otra cosa...

– Pero...

– El bajar y subir la escalera y el corto trayecto que tengo que andar me sentarán bien, y luego el ver caras nuevas, algún amigo que encontraré quizá, el saber noticias frescas, en fin, que esto me dará cuerda, y no que ahora tú y yo parecemos dos empajados de casa de Severini. Si quieres puedes acompañarme.

– ¿Yo? ¡Dios me libre!

– Sí, casi es mejor que te quedes, porque al café donde pienso ir no van señoras de esas que se estacionan. Tú puedes bajar un rato al principal, doña Eladia no sale nunca y te agradecerá que le hagas compañía. Yo volveré antes de que cierren la puerta de la calle, te recojo, nos subimos y *laus Deo*.

– Haz lo que quieras, pero me temo que te va á pasar algo.

– ¡Pero, mujer! que quieres que me pase desde la calle del Clavel al Suizo? He elegido este café como el más tranquilo de Madrid.

– Te repito que hagas lo que quieras como siempre lo has hecho.

II

No anduvo descaminado don Martín al elegir el café Suizo, y al calificarle del más tranquilo de Madrid. Desde los tiempos del inolvidable y amable don Román, el famoso establecimiento ha decaído algún tanto, pero siempre conserva sus buenas tradiciones y es el primero de Madrid. Allí la atmósfera siempre está despejada y nunca hace frío ni calor, y todo cuanto se toma es de primera calidad. Los camareros son atentos y bien criados y la concurrencia apacible y bien educada, porque los precios un tanto elevados ahuyentan á la *furriela*. En aquel recinto se está *fuera de cacho* de mendigos, vendedores ambulantes y otros excesos: en suma el café Suizo es el prototipo de los cafés.

Don Martín eligió un sitio en la segunda pieza, donde hay dos ó tres mesas en hilera y un ancho y cómodo diván. La primera noche nada le sucedió de particular. No tuvo vecinos de mesa, tomó café, leyó *La Correspondencia de España* y volvió á su casa satisfecho.

El segundo día sentóse en el sitio de costumbre. Momentos después un caballero ocupó la mesa inmediata, pidió ponche, y cuando el camarero se le trajo, hizo que éste le trasladara el servicio á otra mesa más distante de la en que estaba don Martín, al cual miró de un modo particular. Notó éste el incidente, pero no le dió importancia, distraído como estaba en leer *La Correspondencia*.

Pero el tercer día la cosa se *acentuó*, como dicen los que saben idioma.

Llegó el ex-empleado al café. Junto á la mesa que él solía ocupar, estaban una señora y un caballero sentados en el diván. Acababan de tomar y el caballero saboreaba un cigarro. A los pocos minutos de instalarse don Martín, notó que sus vecinos de mesa le miraban y cuchicheaban y luego tomando sus abrigos con algún apresuramiento, se fueron, no sin lanzarle una postrera mirada.

Quedóse mi buen hombre pensativo y preocupado: era la segunda vez que por casualidad ó pensadamente, se alejaban de su lado los que estaban cerca. Se miró y remiró para ver si en su traje había alguna inconveniencia, pero hallándose correcto, no acertaba á explicarse la causa de aquellos efectos.

La lectura de *La Correspondencia* le distrajo de aquella cavilación, que volvió á preocuparle durante el trayecto del café á su casa. Cuando se halló en ésta, á solas con su mujer, le preguntó:

– Díme, Potenciana, ¿huelo yo mal?

– Que si hueles mal?

– Sí, mujer, bien claro te lo pregunto.

– ¿Y porqué has de oler mal? – repuso la buena señora admirada. – ¡Bah! ¿empiezas ya á chiflarte, desde que vas al café?

– Tengo mis razones para preguntártelo...

– Yo no he notado...

– Ni yo tampoco. Pero generalmente nadie se huele á sí mismo, y á tí puede sucederte lo que á los extranjeros que no sienten el tabaco. De todos modos, y por si acaso, en vez de una, me lavaré el cuerpo y me mudaré de ropa interior dos veces á la semana.

Pero aunque el meticuloso don Martín adoptó estas y otras precauciones, como por ejemplo, echarse algunas gotas de agua de Colonia en el pañuelo, en dos ó tres noche más adquirió la triste convicción de que cuantos en el café se sentaban próximos á él, ó se desviaban ó se marchaban. Una noche sucedió más: un militarote mal encarado, que estaba á su lado, levantóse violentamente, y al irse le dijo: «¡Es usted un ser insoportable!»

Quedóse tan atónito mi buen don Martín, que no halló palabras para pedir una explicación, y se marchó del café antes de la hora de costumbre, resuelto á no volver más. Pero aquella esfinge le atraía, como todo lo desconocido, y quiso aclararla á toda costa.

Entró, pues, en el Suizo, á la noche siguiente, se sentó, pidió café y esperó á que ocupase alguien la mesa próxima, que estaba solitaria, para ver si se reproducía el fenómeno de las noches anteriores. Pero la casualidad se complacía en atormentarle; leyóse *La Correspondencia* de cabo á rabo, llegó la hora en que acostumbraba á marcharse, y la mesa continuaba desocupada. Resuelto á descubrir el arcano, decidió estarse allí hasta la consumación de los siglos, si era necesario, y por fin, ya tarde, llegó un joven con gafas y aspecto impertinente y se sentó en el diván, próximo á don Martín.

A los pocos momentos la misma historia. El recién llegado miró á su vecino de mesa é hizo ademán de levantarse, pero el ex-empleado que le observaba con el rabillo del ojo, le detuvo diciéndole:



LA ESTACIÓN DEL FERROCARRIL EN BOMBAY (de una fotografía)

– Oiga usted, caballero.

– ¿Qué se ofrece?

– He creído notar que me miraba usted y que se aleja de mí intencionadamente.

– Pues ya lo creo.

– ¿Por qué?

– Porque usted ha hecho más que todos los sabios que han buscado y buscan el movimiento continuo: usted es el movimiento en carne y hueso.

– ¿Qué dice usted? No comprendo...

– Que se mueve usted continuamente, hasta el punto de que parece que en este diván hay un terremoto. ¿Padece usted de hormiguillo?

– Pero, caballero, ¡por Dios! explíquese usted, porque supongo que no habla en broma.

El joven miró al ex-empleado, entre burlón y compasivo, y comprendiendo que éste no se daba cuenta del efecto que producía, repuso:

– Desde que comenzó el *trembleterre*, como dicen los franceses, y el diván se estremecía, haciéndome casi saltar de mi asiento, traté, como es natural, de investigar la causa...

– ¿Y bien?...

– Y averigué que la causa estaba en usted. Usted se apoya en la punta del pié derecho, como *Frascuelo* cuando quiere alegrar al toro; imprime usted un *movimiento continuo* á la pierna, y de aquí proviene el que el diván se estremezca, y el que se pongan rígidos los nervios de los que tienen la malaventura de sentarse cerca de usted...

Todo estaba aclarado.

¡Pobre don Martín!

III

No sé quién ha dicho que «los nervios son los agentes de la imaginación,» y yo me inclino á tener este axioma por verdadero. Una debilidad orgánica ó adquirida del cerebro, ó una excitación imaginativa, pueden producir los múltiples movimientos corporales que se observan en algunas personas. El caso de mi buen don Martín, es un caso nimio, si se compara con otros, puesto que aquél sólo movía una pierna (hablo en pasado porque ahora ya mueve las dos) y hay quien mueve todo el cuerpo y *ainda mais*.

¿Quién no ha tropezado con algún nervioso, que le deshace el nudo de la corbata, ó le desabotona el chaleco ó el gabán, ó le tira de las solapas, ó le golpea en el pecho con el bastón, ó quiere persuadirle á codazos?

Yo tengo un amigo, á quien conoce en Madrid mucha gente, que está continuamente quitándose y poniéndose el sombrero, ó metiéndose el dedo grueso en la boca como los niños en lactancia, ó golpeando á cuantas esquinas y guardacantones encuentra á su paso.

Las manifestaciones de las *neurosis* son tan varias como las de la imaginación y por eso...

Pero vuelvo á don Martín.

Quedóse este buen señor estupefacto y sumamente entristecido, al conocer la enfermedad, vicio, defecto, ó llámese como se quiera, que le aquejaba. Era de por sí meticuloso y recto, y se hizo cargo de que los prójimos á quienes molestaba tenían razón al huir de él; cosa rara y que demuestra buen carácter en don Martín, pues generalmente somos demasiado indulgentes con los defectos propios.

Trató, pues, de corregirse, poniendo una gran fuerza de voluntad en tener inmóvil aquella pierna suya, que se movía incesantemente, pero sólo pudo conseguirlo á medias. No bien se distraía de su propósito, volvía la pierna á bailar, y estos intervalos de quietud y de movimiento eran aun más incómodos que el movimiento continuo para cuantos se hallaban cerca del bueno de don Martín, que se desesperaba como todo el que lucha contra un imposible.

Por aquellos días llegó á Madrid una sobrina carnal de doña Potenciana, cuyo marido, empleado en Cuenca, había sido trasladado á la villa y corte, y se alojaron provisionalmente en casa del ex empleado de Ayuntamiento. Era un matrimonio joven y tenían un precioso niño de diez y nueve meses de edad. Don Martín adoraba á los niños como todo el que es bueno y no ha tenido hijos; así es que se pasaba largos ratos al lado de la cuna de aquel angelito, contemplándole y tratando de hacerle mimos; y digo tratando, porque á los pocos instantes de acercarse á él, prorrumpía á llorar desaforadamente. El lector habrá adivinado la causa: era la pierna, la maldita pierna de don Martín, que moviéndose, hacía trepidar al pavimento de madera, y desazonaba al rorro, transmitiéndole el efluvio nervioso.

El ex-empleado, que comprendía la causa, se apartaba de la cuna, exasperado, y maldiciendo de aquel estigma pedestre, que le vedaba sus expansiones, y ponía tanto ahinco en corregirse de su defecto, que llegó á ser en él una preocupación, próxima al paroxismo.

Y sucedió en esta neurosis de don Martín, lo que suele suceder con otros vicios ó defectos arraigados, en los que media una especie de fascinación magnética, que les hace crecer cuanto más se trata de corregirlos; por lo cual, creo, como he apuntado antes, que la imaginación está en íntima relación con los nervios y otros excesos. ¿A quién no le ha sucedido esforzarse para no mirar á una persona ó cosa, y no poder conseguirlo? ¿Por qué atraen el agua y los abismos?

Y fué el caso (no extraño por cierto) que la tensión de voluntad, y la perenne preocupación de don Martín para curarse de su neurosis, produjeron un efecto contraproducente. Parece como que su pierna derecha contagió á la izquierda, y ambas á dos comenzaron á moverse simultáneamente, y no ya sólo cuando los pies se apoyaban en alguna cosa, sino que también estando en vilo ó en postura horizontal.

Era aquello una tarantela continua: parecía que el pobre hombre estaba azogado.

Como todo cónyuge chapado á la antigua que propende á que *el lecho nupcial* no sea un mito, y sí una verdad casera, don Martín ha dormido siempre con su mujer, desde los felices tiempos de la luna de miel hasta la presente. Ese rato que antecede al sueño es uno de los más sabrosos para todo matrimonio bien avenido.

Entonces, en la intimidad de las sábanas (y de las mantas si hace frío), los esposos se comunican sus impresiones, forjan proyectos, conciben ideas para salir de alguna situación apurada, y se reconcilian, si han tenido alguna pequeña riña conyugal. El bueno del ex-empleado era más sensible que otro cualquiera á los goces íntimos del susodicho rato; entre otras razones, porque desde el dichoso día en que conoció á doña Potenciana en la *Fuente de la Teja*, hasta los nuestros; no obstante los años y las arrugas, la ha amado y la ama con una ternura nunca entibiada ni desmentida.

Júzguese, pues, de la cruel sorpresa del pobre don Martín, cuando una noche en que ambos se hallaban en el lecho nupcial, exclamó de repente su mujer:

– ¡Jesús, hombre, estate quieto: estremeces toda la cama!

¡Y tanto como la estremecía! hasta el gato que solía acurrucarse á los pies de ambos esposos, nervioso como todos los de su especie, no pudo resistir al movimiento continuo de las piernas de su amo, y de un salto se puso en salvo de aquella trepidación.

Don Martín trató de aquietarse, ¡imposible! Ni aquella noche ni en las sucesivas lo consiguió. Su preocupación aumentaba el movimiento: no conseguía dormirse, y si lo conseguía, despertábase sobresaltado dando saltos de trucha.

Doña Potenciana, mujer muy prudente si las hay, fué mártir resignada del desequilibrio de su esposo, hasta que éste se convenció de que aquella situación estremecedora no podía ni debía seguir.

Y he aquí porqué estos buenos y viejos compañeros de vida, que se aman entrañablemente, han tenido que hacer rancho aparte, como suele decirse, y ahora duermen á la moderna.

IV

¡Pobre don Martín! está desesperado y su irritación aumenta su neurosis. Desde que ha leído *La Cabaña India*, de Bernardino de Saint Pierre, se ha puesto un apodo á sí propio: se llama «el *Pária* de los afectos humanos.»

Y no es esto lo peor, sino que su amigo el médico don Lesmes, teme que esta neurosis persistente invada la parte superior del cuerpo: entonces... ¡oh! entonces no tendrá nada de particular el que el mejor día (ó noche) el desgraciado don Martín dé qué hacer á los vigilantes del viaducto.

F. MORENO GODINO.



RETRATO DE Mme. F., por Francisco Flameng, grabado por Baude

(Salón de París de 1889)



RETRATO DE REMBRANDT PINTADO POR ÉL MISMO

Fragmento de un cuadro existente en el Museo de Dresde, grabado de M. Carlos Baude, premiado con medalla de primera clase en la Exposición Universal de París (1889)



TRISTE JORNADA, cuadro de H. Laurent-Desrousseaux

EL MARCO NEGRO

(Continuación.)

VI

Aquella noche apenas durmió Antonio; un enjambre de pensamientos, á manera de diminutos Cupidillos, zumbaba en sus oídos con tal pertinacia que le privó del sueño. Levantóse el despuntar el alba, y fuése á la ventana presuroso. Una vez allí, se rió de sí mismo. A aquella hora, ¿cómo había de salir *nadie*? Esperó, sin embargo, pacientemente, como esos cazadores que, agazapados en un hoyo, aguardan, transidos de frío y en tan incómoda postura, la llegada del ave al reclamo.

Esperó, sí, de pie é inmóvil, más de dos horas; su constancia obtuvo recompensa. Cecilia (así se llamaba la hija del marqués de Campo-Bélico) apareció en la galería; hizo algunos mimos á los canarios, jilgueros, cardenales, pitirrojos y otras lindas avecillas que gorjeaban dentro de espaciosa pajarera; acarició alguna de las flores que, al llegar Cecilia, parecían levantar la corola y estirar el tallo para acercarse á ella; revoloteó cual blanca mariposa – iba de blanco aquella mañana – entre flores y aves, y vino á posarse... á apoyarse queríamos decir, en la balaustrada; al propio tiempo bañaron la galería los rayos del sol Levante.

Una vez allí, levantó por acaso los ojos y vió á Antonio, que *la adoraba* con los suyos.

Antonio contaba á la sazón veinte años; no era muy alto, pero sí esbelto; su cabello, ondulante y lustroso, y el bigote, que sombreaba sus labios, eran negrísimos; los ojos, claros como la verdad, eran también muy negros; su tez daba en pálida y su semblante en triste; pero ni aquélla era la palidez morbosa, ni ésta la tristeza hipocondriaca.

Antonio, ya lo dijimos, era hermoso, con la hermosura clásica, no de los griegos, mas sí de los italianos. Recordaba el San Sebastián pintado por Guido Reni ó el Angel del mausoleo de María Cristina esculpido por Canova. La gracia juvenil, la elegancia ingénita, la blanda armonía de la forma, caían sobre la cabeza de Antonio, recorriendo todo el cuerpo, como el agua de un bautismo de belleza...

Y, sin embargo, el brillo de sus ojos quedaba siempre apagado y oculta siempre la blancura de sus dientes, porque Antonio nunca reía.

En su espíritu, al culto á lo bello, de que ya tenemos noticia, se unía el culto á lo verdadero. No ha existido rectitud mayor que la de Antonio: ni lo que se llama conveniencias sociales atajaba su sinceridad. Además, como había siempre vivido aparte del mundo, ignoraba cuanto en el mundo se aprende. Carecía de opiniones, de creencias y de vicios. Con algunos brotes de arte y de poesía se había él mismo, como el gusano de seda, labrado su cárcel y vivía en ella á sus anchas. Esta cárcel tenía una claraboya no más, estrecha y reducida, mas por ella miraba Antonio á lo infinito.

En su andar y en su vivir parecía algo sonámbulo; diríase que había llegado dormido del germen purísimo de todos los seres, y que en la tierra, ni las salpicaduras del lodo ni las punzadas de las espinas le habían dispertado. Amaba lo bueno y lo bello como una misma cosa. No aborrecía nada.

Su existencia en el momento en que le vemos apoyado en el alféizar, con la mirada fija en la encantadora hija del marqués, estaba distribuída en su ánimo con matemática precisión de este modo: el pasado, su padre; el presente, la pintura; el porvenir, Cecilia.

Pero Antonio no pensaba en que su padre era un humilde librero de viejo, él un pintor desconocido y pobre y Cecilia la hija única del millonario capitán general, marqués de Campo Bélico. No pensaba en que, aun siendo hermoso como Ganimedes, no podía esperar que bajara del Olimpo el águila para remontarle hasta los dioses.

VII

Al reparar Cecilia en Antonio, mostró, primero sorpresa, en seguida curiosidad y rubor al cabo. Bajó los ojos y no miró al vecino. Luego descendió al jardín, correteó por él, charló con el jardinero y con un chiquillo de éste, volvió á subir á la galería, volvió á alzar la mirada y volvió á encontrar los ojos de Antonio fijos, siempre fijos en ella.

Cecilia frunció las cejas ante una tenacidad que daba en impertinente; pero la expresión del joven era tan sumisa y á la vez tan apasionada, y Cecilia era, por naturaleza, tan opuesta al enfado, que desvió la vista, pero sonriéndose.

En aquel punto apareció un hombre, anciano ya, á juzgar por sus cabellos y sus bigotes blancos, aunque fuerte, robusto, de buen color, de andar recio, de suelto ademán y con todos los signos de militar retirado. Se acercó quedo y con cautela á Cecilia (que, á pesar suyo, había vuelto á levantar la cabeza para contemplar á quien, por su hermosura, su melancolía y su mansedumbre, destacaba del denegrido marco de la ventana como un San Luis Gonzaga en un cuadro antiguo), y echándole de improviso los brazos al cuello, la obligó á dar un grito, que acabó en un beso.

La niña, después de regañar á su padre, que no era otro el recién llegado, por el susto que le diera, y de pasearse y platicar con él algún tiempo, se entró, también con el general, hacia las habitaciones y no volvió á salir.

Antonio permaneció una hora más, esperando siempre, y viendo á Cecilia con la imaginación, ya que no con los ojos. Lo trajo á la realidad y al interior de su aposento la señora Tomasa, que le subía el almuerzo y un poco de conversación.

Antonio la hizo versar exclusivamente sobre la vecina. Supo su nombre, su edad, su jerarquía y su riqueza. Que el marqués, siguiendo sus hábitos militares, se levantaba temprano, y su hija lo propio; que adoraba en ella y satisfacía todos sus gustos, lo cual era bien merecido – afirmaba la señora Tomasa, – porque la niña bonita como la Virgen, era como la Virgen en lo buena.

Antonio oyó embebecido todo esto. Parecíale escuchar una música cuyas notas, al salir, caían, hechas colores, sobre la tela de su caballete y trazaban allí un retrato, todo armonía.

VIII

La señora Tomasa había conseguido, no sin esfuerzo, que Antonio pintase en lienzos de pequeñas dimensiones Vírgenes y Santos, que ella vendía á un mercader de pinturas por muy poco, y que el mercader revendía á mejor precio. Pero en estas obras, hechas con arreglo á pauta, ajenas á la inspiración y hasta á la voluntad, sucedía como en los rosarios que por la noche se rezan en los pueblos: las palabras del rezo son en sí expresivas y piadosas, pero nadie les da el sentido propio, ni siquiera piensa en ellas mientras con voz soñolienta y monótona las pronuncia.

Antonio exhalaba siempre un suspiro de satisfacción cuando terminaba una de aquellas figuras, invariablemente vestidas de azul y carmesí, con gran nimbo, apiñadas nubes y sendos atributos. Luego se entregaba con delicia á las figuras ideales, á las poéticas composiciones, á los lindos bustos, donde podía, á su antojo, realzar la belleza femenina. Sus pinturas eran un himno constante á la mujer.

De estos cuadros, unos los colgaba de las paredes de su estancia, otros los borraba para pintar encima otra cosa; ninguno salía de allí. Los propietarios holandeses, que cifran su ventura en producir raras y bien olientes flores en su jardín, no piensan jamás en desprenderse de ellas, aunque se las paguen á elevado precio: las quieren para sí; quieren recrearse en su hermosura. Antonio hacía lo mismo.

Mas por aquellos días le acometieron escrúpulos extraños. Al entregarse al místico deleite (que así podía llamarse) de pintar *sus ideales*, le pareció que había como traición, que significaba infidelidad, pensar en otra cosa, consagrarse á otra cosa, amar á otra cosa que no fuese Cecilia.

Permaneció casi días enteros con el caballete abierto, el bastidor colocado en él, todo preparado, y sin pintar; pero sintió en algunos momentos pena, en otros desaliento, tedio en algunos. Creyó que para siempre le habían abandonado aquellas visiones hechiceras que desde los cielos radiantes de la fantasía bajaban, como lluvia de flores vivas, sobre el lienzo.

¿Qué hacer?

De pronto, una sonrisa de triunfante júbilo apareció en sus labios. Había dado con el modo de fundir en uno el amor y la pintura, de amar todo el día á Cecilia sin dejar de pintar. Y el modo era muy sencillo: pintar á Cecilia.

Se apercibió, pues, para el retrato, como un cruzado para la conquista de Jerusalén.

IX

Al asomarse la mañana siguiente á la galería la hija del anciano general, hubo de notar que en algo extraño se ocupaba el vecino junto á la ventana. Se fijó, movida por la curiosidad, y conoció de lo que se trataba al momento. No pudo reprimir una sonrisa. Antonio la recogió en el aire, como un mendigo una moneda.

Quiso persuadirse Cecilia de que era mucho atrevimiento en el joven retratarla y mucha desenvoltura en ella el consentirlo; pero aunque llegó, en efecto, á persuadirse, no se movió.

Después, sin darse cuenta, por supuesto, de lo que hacía, se pasó la mano por el pelo y la bajó hacia la falda, á cuyos pliegues dió ligero impulso; y – sin mirar de modo alguno á la ventana – se reclinó indolente y descuidada en el antepecho lateral, quedando al descubierto y de modo que diese la luz color al semblante y reflejos á la cabellera... Así estuvo, casi inmóvil, largo rato.

Era la vez primera que Antonio copiaba la belleza del natural; aunque no hubiese amado á Cecilia como la amaba, hubiera sido aquel día para él el primer día de fiesta de su vida. Despejóse de toda nube el cerebro poderoso del artista; adquirió su mano soltura y firmeza; auxiliado por la intuición maravillosa que le había hecho adivinar en pintura cuanto en ella existe, los colores se diluyeron y combinaron en proporción justa; las sombras tendieron su oscuro velo con tal suavidad, que los claros lo notaron apenas, y los términos se alejaron ó acercaron por sí mismos, creando la perspectiva. Como á los nacientes destellos de la aurora va la naturaleza destacando de las tinieblas – dibujándose al principio confusamente, fijándose y determinándose después, adquiriendo proporción y tonos más tarde, estallando, si cabe decirlo así, por último, á la claridad fulgurante del sol, en tonos, matices, contornos, relieves, luces y colores, – así, poco á poco, de la blanquecina tela fué brotando y creciendo la gentil figura de Cecilia...

Salió en esto á la galería el general; acercóse á su hija sin reparar en lo que pasaba; notó ella, en sí misma, un movimiento de contrariedad; ambos entráronse á poco en las habitaciones, y allí acabó la primera sesión de retrato.

El resto del día lo empleó Antonio en ampliar, modificar y corregir el esbozo, lo cual fué para él deliciosa tarea.

Al día siguiente volvió el modelo á su sitio y el artista al suyo. Así pasaron días y días. Antonio estaba poseído de un ardor febril que le devoraba, pero que al propio tiempo inundaba su alma de ventura. A pesar de las exhortaciones de la bondadosa portera, no pintaba ya Santos, y, por consiguiente, no ganaba dinero. La señora Tomasa pugnó por hacerle comprender cuál era su locura abandonando aquel sencillo medio de procurarse recursos por dedicarse al retrato de una desconocida, retrato que no sería ni agradecido ni pagado. Luego, barruntando que había dentro de todo aquello una locura mayor aún que la visible, enderezó un extenso y sensato sermón al joven, el cual sermón escuchó Antonio como si fuese el *negro*...

No hacía más que replicar «sí... sí...» distraidamente, y luego, abrazar una y otra vez con grandes transportes á la portera, exclamando:

– ¡Soy muy feliz, muy feliz!...

La señora Tomasa le miró como á un niño caprichoso é incorregible, suspiró, se encogió de hombros y murmuró al marcharse:

– Con pocos meses de tanta felicidad nos moriremos de hambre.

X

El retrato tocaba á su fin. Habíase hecho muy lentamente. Cecilia no siempre podía acudir con igual puntualidad á *la cita*.

Algunos días subía muy pronto su padre, y era forzoso abandonar la *posición*. Además, Antonio, por una parte, no consideraba nunca bastante corregida y perfeccionada la pintura; por otra, no se saciaba jamás de contemplar á su bellísimo modelo.

Ella habíase acostumbrado á aquel mudo coloquio diario. Sin discernir el hecho, había columbrado el amor de Antonio, y al darse á sí propia la noticia, no la había acogido mal. Cecilia, empero, lo único que con certeza sabía era que le agradaba ver aquel mozo tan apuesto y de tan linda cara contemplándola con arrobamiento y trabajando con afán sin límites por reproducir su figura.

El retrato era de cuerpo entero y tamaño natural. Componían el fondo grandes arbustos y plantas en flor; de aquel tapiz y dosel de verdura, y sobre la blanca superficie del pavimento de la galería, destacaba la figura de Cecilia. Su rosado vestido, que servía de contraste, por claro al follaje, y por oscuro al suelo, iba á perderse por lo más largo de la falda en unas plantas vecinas, y subía suelto y airoso hacia la cabeza, ondulando en torno á un talle flexible y esbelto, á un seno que se redondeaba para perderse al punto en la línea de la garganta, como ola que se rompe en la playa, y por último, en torno á los brazos, uno de los cuales se ensanchaba un poco al ser oprimido contra la piedra, mientras que el otro, un tanto extendido, dejaba la mano pendiente, contrastando apenas sus tonos marfilinos con la blancura azulada del mármol.

En cuanto á la cabeza, que se dijera dibujada por Rafael y colorida por Ticiano, era la más bella pintura del más bello rostro.

Antonio se recreaba en su obra; la amaba poco menos que á Cecilia.

A pesar de la ingenua castidad de sus pensamientos, cuando pasaba suavemente el pincel por los labios del retrato, sentía algo semejante al placer de un beso.

El cuadro había menester un marco, aun antes de concluído. Los pintores ajustan el tono definitivo de su obra al tono de la moldura que la limita, la completa y la realza á un tiempo. Antonio carecía del dinero necesario para comprar un marco de aquella magnitud; vaciló, y tras largas reflexiones, determinó, como el hidalgo de Cervantes con la celada de su casco, suplir con la industria la falta de materia. Para ello cortó, unió y dispuso, con la mejor traza posible, cuatro tablas, que encuadraron el lienzo, y después, á fuerza de color y hábiles toques, las pintó de suerte que fingían á maravilla un marco de ébano tallado.

Aquella faja negra hacía resaltar con vigor extraordinario la figura. Dijérase que la tabla inferior era el umbral de una puerta, sobre el cual iba á poner su piececillo la joven para avanzar sonriente hacia el pintor.

Y en realidad, en algo de esto pensaba la linda modelo. Acabado debía de estar el retrato: ¿por qué no lo había de ver?

Cecilia satisfacía siempre sus antojos. Su padre y Marcial, el mayordomo, antiguo asistente del marqués y de los mismos años que éste, se complacían en complacerla. Pero ¿cómo decirles que quería subir, para ver su retrato, á la buhardilla de un desconocido? Era preciso, entre otras cosas, confesar que había dejado que el desconocido la retratase.

Antonio no se cansaba, al parecer, de aquella situación; Cecilia tenía menos paciencia, y resolvió confiarse á Marcial y procurar el modo de ver su artístico trasunto. Sin saber por qué, hubiera jurado que era copia fiel y obra acabada.



MIÉRCOLES DE CENIZA, cuadro de L. Da Ríos

La suerte la favoreció anticipándose á sus deseos. La planchadora de Cecilia era la que habitaba pared por medio de Antonio. Un día manifestó grande empeño en hablar á la marquesita, y no bien lo consiguió, le dijo con cierto misterio:

– Señorita, he visto el retrato de usted más hermoso que puede hacerse en el mundo.

– ¿Dónde? – preguntó anhelante Cecilia.

– En mi misma casa, en el sotabanco de al lado, donde vive un pintor muy joven y muy guapo, pero muy pobre y muy triste.

– ¿Y cómo está mi retrato allí? ¿Cuándo lo ha visto usted? – tornó á preguntar, tratando de ocultar su emoción, la heredera de Campo-Bélico.

– Lo ha pintado él... No puede ser otra cosa sino que desde su ventana ha estado acechando á la señorita cuando sale al jardín, y la ha copiado, tal como es, y con las plantas y las flores de la galería. Le aseguro á usted, señorita Cecilia, que se alegraría mucho, muchísimo en verlo. Yo lo ví por casualidad un día que bajó Antonio á la portería y dejó abierto su cuarto, y me quedé encandilada...

– ¿Y podría yo verlo también? – interrogó, casi á pesar suyo Cecilia.

– ¿Por qué no? – repuso la planchadora.

– ¿Cómo haríamos?... ¿Llamarle? – balbuceó la joven.

– No; es muy encogido, no querría venir. Además ¡pobrecillo! no tiene ropa para hacer una visita. Cuando él no esté, pediré yo la llave á la señá Tomasa, la portera, que lo quiere y lo cuida como á un hijo. Le diré que puede proporcionársele una buena fortuna al muchacho. Usted, señorita, pasa en un momento con Marcial y conmigo, ve usted el retrato, volvemos, y nadie se entera.

A pesar de lo temerario é inconveniente del proyecto, Cecilia, vencida por su curiosidad y por un vago é inexplicable anhelo, aceptó. Llamó á Marcial, le conquistó para que fraguase y realizase el plan con ellas, y acordaron llevarlo á efecto á los tres días.

Iba, pues, á suceder lo que, ni soñando, había esperado Antonio. Cecilia entraría en su cuarto...

Mientras suceso tan feliz se avecinaba, Antonio subía taciturno y sombrío á su aposento. La señora Tomasa era presa de un ataque apoplético, que la amenazaba de muerte, y á él le escaseaba ya el dinero para comer.

LUIS ALFONSO.

(Continuará)

LAS MUJERES DE RUBENS

Contadas serán las personas que habiendo gozado el placer de contemplar los cuadros del incomparable artista flamenco, que atesoran los museos de Europa, especialmente, si los lienzos representaban asuntos mitológicos ó alegóricos, no hayan creído de buena fe la afirmación vulgar, de que las exuberantes formas y encantadoras fisonomías de las divinidades y heroínas del paganismo en ellos figuradas, eran ni más ni menos que el retrato exacto de la esposa é hijas del pintor que, poco escrupuloso en este punto, no dudó en exhibir de tal suerte ante el mundo entero las gracias naturales de las personas más queridas á su corazón.

Algunos cicerones, ya ejerzan este ministerio por oficio, ó simplemente por amistad, presumiendo de eruditos en materias artísticas, no contentos con una indicación general, sobre lo que se ha dado en llamar las *Mujeres de Rubens*, designan luego con la misma seguridad que si las hubieran conocido y tratado, los nombres y hasta el carácter de cada una de aquellas damas, tan ligeramente vestidas y tan superiormente pintadas. Las vulgaridades más ó menos estupendas que con este motivo se escuchan, son de primer orden, y si con ellas puede satisfacerse la curiosidad del espectador ignorante, no acontece lo propio con el verdadero *dilettanti* que desearía saber qué verdad encierran las anécdotas que oye referir y si en efecto *Las Gracias*, *Ceres y Pomona*, *Diana y Calixto*, etc., etcétera, son algo más que unos modelos italianos ó flamencos.

Desgraciadamente los catálogos de las pinacotecas extranjeras no descienden á tales detalles, y en cuanto á nuestro riquísimo Museo del Prado, los amantes de la pintura aguardan con impaciencia la terminación del *Catálogo descriptivo é histórico* que en 1872 comenzó á publicar en Madrid D. Pedro de Madrazo, habiendo visto la luz tan sólo la parte dedicada á las escuelas italiana y española. Privados de tan poderoso auxilio, para dar satisfacción á la curiosidad, es preciso estudiar el asunto por cuenta propia, y el resultado de estas investigaciones es el que ofrecemos al lector en este modesto artículo.

Según puede verse en cualquier biografía de Rubens, dos veces contrajo el sagrado vínculo matrimonial: una con Isabel Brant y otra con Elena Fourment ó Forman, pues de ambos modos escriben los autores su apellido. La primera, hija de un ilustrado secretario de la ciudad de Amberes, era, al desposarse con Rubens en octubre de 1609, un tipo de elegancia y distinción, reuniendo, como dice Javier de Reul, á la gracia más aristocrática, unas líneas tan finas, un porte tan noble y una ingenuidad tan natural, que se creería tener ante la vista un personaje de Memling. Así aparece, en efecto, representada en los retratos que se exhiben en las pinacotecas de Munich, el Haya y los Oficios de Florencia, Galería imperial de San Petersburgo y en la riquísima colección de Sir B. H. Owen, de Londres. Diez y siete años duró este matrimonio, cuya felicidad completa encomió el mismo Rubens en carta dirigida en 15 de julio de 1626 á un amigo suyo llamado Dupuy, en la que á propósito del fallecimiento, entonces reciente, de su esposa, dice: «En verdad que he »perdido una excelente compañera; se podía y se debía »quererla por razón, porque no tenía ninguno de los de»fectos de su sexo, nada de humor desagradable, nada de »las debilidades femeninas, nada más que bondad y deli»cadeza, sus virtudes la hacían querer de todo el mundo »durante su vida; después de su muerte han causado »duelo universal.»

Durante un lustro, el gran artista flamenco, entregado por completo á la ejecución de sus maravillosas concepciones, con fecundidad pasmosa interrumpida sólo por los viajes que en concepto de embajador realizó á las cortes de España é Inglaterra; no pensó en contraer nuevos lazos hasta que á su vuelta á Amberes, en 1630, seducido por las gracias de Elena Fourment, hija de un acaudalado comerciante, decidió casarse de nuevo, efectuándose la ceremonia el 6 de diciembre, en la iglesia de Santiago, donde diez años más tarde habían de ser sepultados sus restos.

Elena Fourment, robusta jóven de exuberantes formas y voluminosos contornos, pero de arrogante apostura y bellísima fisonomía, realzada por unos ojos negros, brillantes, con todo el fuego de la primavera de la vida, realizaba el tipo de la hermosura femenina en Flandes, país poco aficionado á remontarse á las esferas idealistas y muy propenso en cambio á entretenerse en todo lo material y terreno. Esto explica la fama universal de belleza de que gozó en su época una mujer de quien un poeta contemporáneo dijo: «Que sus encantos hubieran sobrepujado á los de la esposa de Menelao ante los ojos de Paris.» No anduvo reacio el poseedor de tan celebrada hermosura en reproducirla, ejercitando su talento de retratista, y por ello abundan en los museos los lienzos en que figura, ya sola, ya acompañada de un paje, ó formando pintoresco grupo con su esposo é hijos; así puede verse en las galerías pú-

blicas de París, Viena, Florencia, Munich, San Petersburgo, Dresde, Hampton-Court y en las colecciones particulares de Schamp, en Gante, Malbourug, en Bleuheim, y Van der Hoop, en el Haya.

El crítico francés Mr. Jean Rousseau, comparando el escaso número de retratos que Rubens ejecutó de su primera esposa con los muchos que se complació en hacer de la segunda, supone que ésta debió ser la más querida de las dos. En nuestro concepto esta afirmación es completamente infundada; la explicación de esta singularidad no estriba en la mayor ó menor suma de cariño, sino en la diferencia psicológica del mismo. Rubens, al obtener la mano de Isabel en 1609, contaba sólo treinta y un años; al contraer segundas nupcias, 1630, frisaba ya en los cincuenta y cuatro. La hija de Juan Brant fué amada con toda la pasión de un alma juvenil, egoísta de su felicidad y por ende enemiga de la ostentación de los tesoros de que era y quería ser único poseedor. En cambio la segunda consorte, joven de diez y ocho años, de arrogante apostura y sensual continente, que contrastaba con la delicada belleza de su antecesora en el tálamo nupcial, recibió el afecto de un artista materializado por largos años de vida fastuosa, y que si no era un viejo decrépito, era por lo menos un hombre gastado y más propenso siempre á ver las cosas á través del prisma naturalista que por el idealista. Rubens, pues, orgulloso con la posesión de una belleza, tan encomiada por propios y extraños, y que por otra parte respondía al ideal que él se había forjado de la hermosura femenina, no tuvo inconveniente en multiplicar las efigies de su cara esposa para que el mundo entero envidiase su felicidad.

Esto, que puede afirmarse en cuanto á los retratos, se comprueba al estudiar las numerosas composiciones alegóricas, históricas, religiosas y profanas en que incluyó á sus esposas. Isabel Brant ora representa á la Magdalena, como en la *Crucifixión* del Museo de Amberes ó en el incomparable *Descendimiento* de la Catedral de la misma ciudad, ora figura aristocrática dama como en el *Jardín del Amor* ó en el famoso cuadro de Gante: *San Bavon repartiendo limosnas;* aparece siempre vestida con los trajes que exige el personaje que figura, su actitud es digna, graciosa y honesta, pues no se ha probado aun que su esposo se atreviera jamás á convertirla en desenvuelta bacante ó descocada divinidad del Olimpo, como hizo con Elena, ni mucho menos á reproducir sus contornos con la despreocupación que revela el retrato titulado *Hat Pelsken* (la pequeña pelliza) que se conserva en el palacio del Belveder de la capital de Austria. En síntesis, y á más de la carta anteriormente citada, otros muchos datos lo confirman; Isabel fué para Rubens la elegida de su corazon, Elena el más bello de sus modelos.



EL GENERAL ANDRES A. CÁCERES, PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA DEL PERÚ

En cuanto á las hijas del pintor nada permite suponer que sirvieran de modelo á su padre, á no ser en los casos en que éste tuvo el placer de retratarlas. Conviene tener presente que de su primer matrimonio tuvo Rubens dos hijos varones, Alberto y Nicolás, y sólo una hija llamada Clara, que según la autorizada opinión de Paul Mantz, no figura en ningún cuadro del maestro. En cuanto al segundo enlace, aun cuando de él quedaron cinco descendientes, dos de ellos pertenecieron al sexo fuerte, – Francisco y Pedro, – y de las tres muchachas que completaban el número, las mayores, Clara Juana é Isabel Elena, apenas contaban ocho y siete años de edad al fallecer el artista en 1640, y la más pequeña, Constancia Albertina, vino al mundo algunos meses después. Queda con esto demostrado lo absurdo de afirmar, por ejemplo, que el cuadro de *Las Gracias* – número 1591 del Museo del Prado – representa las tres hijas de Rubens.

Descartadas, pues, de los modelos cuotidianos del inmortal autor sus hijas é Isabel Brant, veamos si es posible conjeturar en dónde se inspiró aquél para el tipo femenino que caracteriza sus obras. Indudablemente Rubens no lo tomó de sus modelos sino que amoldó éstos á aquél, informando sus creaciones en el concepto propio y sui géneris que tenía de la belleza mujeril. Gustábale en ella la ampulosidad de la forma, la ostentación de la fuerza, la salud y la robustez, y á trueque de la vida exuberante y sensual que se muestra en el predominio de la materia, transigía con la falta de gracia y elegancia que se nota en el exagerado desarrollo de los contornos y la actitud pesada y barroca de las heroínas de sus cuadros. Tan cierto es esto que como hace notar el crítico belga Mr. A. J. Wauters, Rubens presintió el tipo de Elena Fourment de tal suerte que en muchas composiciones podría afirmarse que existe su retrato si no constara que fueron pintadas cuando la hermosa flamenca no habia salido aun de la infantil edad. Así nada de particular tiene que á partir de 1630 el artista, poseyendo el modelo que realizaba su ideal, le multiplicara hasta lo infinito, siempre que hallaba ocasión para ello, y ciertamente éstas no escaseaban en aquel estudio de Amberes, de donde salían á centenares los cuadros para todas las naciones de Europa. Mas no se crea por esto que la vida de Elena se reducía á estar de continuo desempeñando el enojoso y pesadísimo oficio de modelo; aparte de que los documentos nos revelan que su existencia podía compararse en cuanto á distracciones y opulencia con la de una princesa de su tiempo; y haciendo caso omiso del número de hijos que dió á luz durante los diez años de matrimonio, basta examinar los lienzos pintados por su esposo que se conservan en los museos para advertir que en pocos de ellos se ve el verdadero retrato de aquélla: en la mayor parte sólo se reconocen reminiscencias y variantes que indican la persistencia del tipo en la mente del artista, tipo que éste alteraba á capricho, pero del cual no podía desprenderse por completo. Y esto no le sucedió á Rubens solo, ha acontecido y acontecerá á la mayoría de los artistas, y cualquiera que tenga algunos conocimientos técnicos, distinguirá perfectamente el tipo favorito de un autor, ya se llame este Rafael ó Tiziano, ya se apellide Goya ó Pradilla; todo lo cual permite suponer que en el estudio de Rubens, lo mismo en Italia que en Francia ó los Países Bajos, tenían cabida cuantos modelos aceptables se presentaran, los que corregidos por el artista con arreglo á sus gustos y sentimientos, se transformaban en un tipo concreto y casi convencional á pesar del naturalismo que informaba todas sus obras.

Un análisis detenido de la correspondencia de Rubens y de la multitud de documentos de todo género que en los últimos años se han publicado en el extranjero, especialmente en Bélgica, permitiría ampliar y esclarecer cuanto queda expuesto, designando los modelos femeninos que en cada época fueron trasladados al lienzo por el ilustre corifeo de la escuela flamenca. Pero tal empresa requiere un espacio y un tiempo de que no podemos disponer y por ello habrá que limitarla á algún caso concreto que afirme la demostración de nuestras conjeturas.

Una de las obras más famosas de Rubens consiste en la colección de 24 grandes composiciones alegóricas referentes á la *Historia de María de Médicis*, que esta soberana mandó ejecutar para su palacio del Louvre. Aun cuando el artista ideó los bocetos en su patria y pintó allá la mayoría de los lienzos, algunos fueron ejecutados en París, utilizando modelos de las orillas del Sena. El mismo maestro nos lo dice en una carta dirigida á un agente suyo, llamado Ferrari, en la que se lee este párrafo: «Os ruego que comuniquéis á Mr. Juan Sauvages lo que sigue: Ved de apalabrar por mi »cuenta para de aquí á tres semanas á las se»ñoras Capaio de la calle de Vert-bois, y á su »sobrina Luisa, porque espero hacer de gran»dor natural, tres estudios de sirenas, y estas »tres personas me serán de un gran socorro »tanto por la soberbia expresión de sus fisono»mías, cuanto por sus magníficas cabelleras ne»gras que se encuentran difícilmente en otra »parte.»

Parece también que ilustres damas de la corte francesa no tuvieron inconveniente en seguir el ejemplo de su reina y prestarse á ver reproducidas sus facciones, figurando en concepto de figuras alegóricas ó deidades olímpicas en las grandiosas composiciones del «príncipe de los pintores,» como le llamaban en su tiempo; llevando su complacencia hasta el extremo de desempeñar el mismo papel para cuadros que no habían de quedar en poder de la Casa Real de Francia. Así lo afirma J. Rousseau al ocuparse del lienzo denominado *Diana y Calixto* que existe en el Museo del Prado, número 1592.

En los últimos años de la vida de Rubens, figura también en muchos de sus cuadros la interesantísima Mademoiselle Lunden, inmortalizada por el célebre retrato de la *National Gallery* de Londres, conocida con la denominación de *El sombrero de paja*. Algún biógrafo poco escrupuloso ha supuesto relaciones ilícitas entre el pintor y la hermosa amiga de su esposa, pero todo ello es una especie calumniosa brillantemente refutada por Alfredo Michiels; siendo además casi indudable que de la señorita Lunden como de otras muchas, Rubens sólo copió el busto, supliendo el resto con modelos de profesión cuando se trataba de figuras desnudas.

Y con esto damos hoy por terminado este trabajo, que tal vez algún día ampliemos con mayores datos y nuevas observaciones; en esta ocasión basta con lo dicho para dejar probado que no es lícito bautizar á las *Mujeres de Rubens* con la ligereza que acostumbran algunos cicerones atrevidos que á trueque de aparecer enterados, no vacilan en acoger y propagar las mil y una anécdotas apócrifas que se atribuyen á todos los artistas de algún renombre y mucho más á los que, como Pedro Pablo Rubens, brillan en el cielo del genio como estrellas de primera magnitud.

A. Danvila Jaldero.

LA EXPOSICIÓN DE TOKÍO EN EL JAPÓN

El grabado que reproducimos representa el edificio principal de esta Exposición que los japoneses han organizado en el hermoso parque de Oueno (Tokío) y que si no por otra cosa merecería llamar la atención por ser la primera tentativa que en este sentido han hecho los pueblos de Oriente. Las salas de este edificio contienen diferentes museos en donde se acumulan riquezas incalculables é infinidad de objetos de gran valor histórico. De los edificios anexos los más importantes son el de la mineralogía japonesa y el de la navegación y pesca en el Japón.



La Exposición de Tokío, en el Japón, en 1890 (De una fotografía)

La Exposición de Oueno promete ser tan interesante como instructiva para los japoneses y los europeos.